

Pájaros

Real things in the darkness seem no realer than dreams.

-**The Tale of Genji** - Murasaki Shikibu

It is possible to believe that all the past is but the beginning of a beginning, and that all that is and has been is but the twilight of the dawn. It is possible to believe that all the human mind has ever accomplished is but the dream before the awakening.

- **The red room** - H.G. Wells

Nat listened to the tearing sound of splintering wood, and wondered how many million years of memory were stored in those little brains, behind the stabbing beaks, the piercing eyes, now giving them this instinct to destroy mankind with all the deft precision of machines.

- **Birds** - Daphne du Maurier

Llegué apenas braceando a la orilla: respiraciones sofocadas, consecutivamente infladas, desinfladas, acordeónicas, como los anillos de una serpiente. Casi muerto. Balanceándome entre las olas que pegaban fuerte contra las rocas a esa hora de la madrugada. Sentía el ardor que producían los flagelos esplendentes y gelatinosos que abundaban en el agua. Pero no importaba la sensación de quemadura y el cansancio, ya estábamos casi a salvo, o al menos pensaba eso de manera destellante, porque pensé tantas cosas pero eso era el punto que se fijaba en mi mente como la boca de un túnel.

Lo más real era el parecer que había transitado del sueño a la pesadilla en menos de un segundo. Casi dejando la noche de plenilunio atrás, los trozos de hielo caían contra mi cabeza y espalda como si recibiera picotazos de aves hambrientas. Granizo para acabar de completar. Y bajo la granizada comencé a buscar a Dazai y a Saúl con la mirada pero la noche era una oscuridad absoluta. Sólo la espuma creaba un contraste sobre el mar revuelto. Ponía la mano en la frente a modo de visera a pesar de que nada se veía pero la ventolera, el frío, los golpetazos del hielo eran intensos. Pensé que todo estaba perdido. Definitivamente un mar así era muy difícil de sobrevivir. De repente vi una enorme sombra acercarse violentamente por el aire y hundirse en el agua. Sabía que ese torrente de aves vendría por nosotros. La voz humana les activaba el instinto de cacería. Así que permanecí callado y quieto. Hasta que Dazai emergió de lo gris, como una figura huma-



Mare Obscurum, Poli Marichal.
Linograbado con soda cáustica. 2012

•
•
•
•
•
•
•
•
•
•
Narrativa
•
•
•
•
•
•
•
•
•
•
•



na de Egon que se delineaba en un cuadro de Turner; frágil, tambaleante, confundido.

Me hizo señas sutiles con la mano, como pidiendo que acelerara, que subiera por las piedras lo más rápido posible. Fuera del peligro de las aguas frías, se sentía la temperatura bajo cero atravesar nuestra ropa aunque no se veía nada, se sentían las filosas texturas punzando mis rodillas, dolían tanto las manos. El mar nos había virado como media. Dudé por un momento que podríamos llegar a salvo a la estructura del faro. La sacudida me encendió tremendo dolor de cabeza pero el estupor era más fuerte que todo, la desaparición de nuestro amigo, así súbitamente. Comenzamos a reptar peña arriba mirándonos con el rostro haciendo gestos como preservados en formol. El mismo rostro que suele ponerse cuando alguna esperanza se ha perdido por completo.

Lo repentino siempre viene acompañado del halo de lo atroz. Se escuchaban gáñidos a lo lejos. Teníamos que avanzar. No podíamos proferir ni una palabra. Estas aves percibían la voz más rápido de lo que un tiburón percibe sangre. Estábamos con el aliento escaso y un frío tembloroso que nos hacía temblar como nunca. Al llegar a la estructura vimos a un perro inquieto que se alejaba, un movimiento súbito de aire, par de pasos y saltos, con la boca abierta y jadeante. Él y su sombra, yuxtapuestos.

Con un alambre que vimos en el suelo diseñamos una ganzúa y abrimos la pesada puerta de madera con bisagras enmohecidas. Una vez adentro clausuramos las puertas con unas trancas anchas y pesadas que habían allí. Nos sacudimos la arena, miramos alrededor, caminamos con cautela por la estructura. Cuando la realidad adquiere forma de catástrofe hay una sensación tambaleante de naturaleza onírica que lo permea todo. Entramos. Me froté las manos con la velocidad de alguien que quiere hacer fuego. Dazai se quedó mirando como hipnotizado, con una mirada de nube que a su vez me hipnotizaba.

- Sabes que no es un sueño por la temperatura.

Nuestras mandíbulas temblaban, yo tiritaba incesantemente y prendimos una estufa que había en una esquina. Nos martillaba el cerebro la muerte de nuestro amigo. Nada podíamos hacer al respecto. Dazai tenía una pierna herida y yo intentaba hacerle un torniquete. Lo ayudé a caminar con mucha dificultad hacia una cama que estaba repleta de objetos. Le hice espacio. Antigüedades desordenadas, una sobre otra, como si no tuviesen valor. Lo ayudé a acostarse. De frente a la cama había una pared con pequeños rostros humanos de cerámica colocados uno contiguo a otro cubriéndola de arriba abajo, de izquierda a derecha. Todos distintos, grotescos, salvajes, sin afeitar, lozanos, viejos con boina, peinados, con pipa en la boca, con mascarillas y toda cornucopia de rasgos imaginables. Y era como si el tiempo fuese el espejo más común de todos los lugares posibles. Miradas que resaltaban de la superficie como gestos petrificados que cuentan una historia. Rostros distintos, grotescos, con sorna, muecas, bocas distorsionadas, ojos apretados, caras contorsionadas, las bocas

Glendalys Marrero

Pájaros

afinadas, labios finos, que narraban nada, nada relataban; ojos zarcos, pequeños, arrugados, mejillas marcadas, ojos huecos, apagados, lánguidos o maquillados. Había un tablillero repleto de bibelots. La pared contigua llena de relojes con sus péndulos todos funcionando excepto uno que otro rememorando la naturaleza de una casa abandonada. Relojes de los cuales salían sobresaltados pequeños pájaros hechos con plumas naturales cuando daban las en punto. O al menos eso parecía. Daban la sensación de que en aquel lugar se marcaba un tiempo remoto. De proporciones profundas. Tenían una resonancia particular que casi hipnotizaba. Como en el horror vacui, no había espacio para el espacio en aquella pared.

Había pan y café sobre una mesa de caoba. Pero el café estaba frío. Pareciera que alguien habitaba el faro pero nadie estaba. También sobre la mesa había un plato de porcelana con la imagen de un barco pesquero dibujado en tinta azul al lado de un muelle sobrevolado por pájaros diminutos que habrían requerido de un trazo firme y preciso. Siempre pensé que los objetos tienen un reloj interno. Un tiempo propio para ocupar la memoria o el tiempo. Porque el tiempo del objeto funciona en más de siete dimensiones. Un mecanismo que hace trasladarnos a una escena. Pero hay escenas en ese objeto, o en la historia de ese objeto que muchas veces ignoramos, como por ejemplo algo imaginable, la ontología del objeto. Y es así. Asumimos el pensamiento humano, las manos puestas en el objeto, la posibilidad de la idea, la ideación del objeto y la toma del objeto del tiempo que es su uso. Pero ya habíamos atravesado la era del objeto, ahora estábamos ante el séptimo estado de la materia. Ahora la libertad era adentro. Afuera, los pájaros habían creado pánico. Desde que se supo que había algo en la voz humana que activaba el instinto destructor de estas criaturas impredecibles en su proceder por novedosas. Lo habían ocupado casi todo. Los cables, las ramas de los árboles, las piedras, los botes abandonados, las casas ya vacías, los condominios desolados, las mansiones huecas, los cercados y el contorno de los muertos. Así que obligados al silencio permanecemos allí a la espera de lo desconocido.



Comoquiera no podríamos escapar. Los pájaros allá afuera ahora eran miles, y parecían una gran nube gris de las ciudades de antes, veloces como haciendo de todos un irascible pájaro gigante. Espectros inquietos espiando por cualquier resquicio humano.

- Es raro eso.

-¿Qué cosa?

- El tiempo.

- ¿No te ha pasado que te has quedado con la mente suspendida, en un instante que por reloj hubiese durado un minuto?

Este intercambio breve de palabras, fue un mensaje insonoro. Un intercambio telepático. La vulnerabilidad extrema también es una invención humana. La simetría en los cuadros de Hilma Af Klint. Sus cromáticas fantasmagóricas aludiendo a un universo alterno, que nos convoca en las formas de un espejo igual, un desdoblamiento. La probabilidad de que aún teniendo un universo paralelo la soledad no deja de ser sombra. Yo

escuchaba esto dentro de mi cerebro, como cuando se escucha el crujir de una ciruela al morderla. Lo pensaba él pero yo lo escuchaba como un eco que surge justo detrás de los ojos.

- La velocidad de los recuerdos no es la velocidad del mundo.

Le dije un poco contrariado porque me daba cuenta de que él hablaba consigo mismo. No esperaba mis respuestas. Sino todo lo contrario.

Es decir, el faro era un tronco fijado en el mar, silente, hueco, fantasmagórico. Tiempos raros. Los pocos sobrevivientes estaban guardados en sus guaridas subterráneas como topos que ya se han adaptado a esa artificialidad jamás antes pensada como algo normal. Así que estos diálogos son un espejo de sonidos como chispas que discurren entre las mentes.

Tiempos raros.

La flor de Jericó había amanecido abierta. Dazai la tomó en sus manos, observándola como un relojero observa a su propios dedos reparando en los pequeños engranajes. La flor se sentía al tacto como madera húmeda. La acercó a su rostro. Olía a casa inundada. A papeles viejos mojados. Me decía ahora con un gesto de certeza en el tono de su voz. Un pavor circundante por debajo de mi piel me indicó que no sólo podía leer mis pensamientos sino conocer mis más profundos miedos, el pasado y el futuro, todo simultáneamente como una máquina perfecta, de pulsaciones eléctricas, de interconexiones del séptimo estado de la materia. Pero eso lo supe porque yo también podía leer sus más profundos miedos, su pasado y su futuro. Una sentencia. Y por tener consciencia de ello no pensaba en mis temores, en mi tiempo, en los recuerdos, los que me pertenecen. Me hundía en un aire de niebla, turbulento y mi mente se perdía en una neblina pintada por Myrna Báez, el flamboyán rojo como un contraste sórdido perdido entre la belleza, recuerdos precisos por ubicar, modos de acercarse al sentido de las cosas, el aerógrafo como dispersor de un paisaje críptico, de todos los símbolos que se acomodan en nuestra mente más oculta, con todos sus signos y significados en proceso vivo de transubstanciación en la psiquis del que contempla. Y a su vez esto me recordaba la niebla que pareciera estar a los pies de la muchacha que mira un flamboyán amarillo o las cortinas y el modo de luz que se difumina perdiéndose en ellas, al lado de un gato muy definido, en un cuadro así lo enigmático es el gato mismo, y cómo su pintora resolverá en las sombras para lograr la obra más parecida al vislumbre de su mente. Me perdía en mis pensamientos.

Un tapiz de mundillo amarillento lleno de costuras rotas cubría la mesa de noche. Me había inquietado la lectura de un párrafo de un libro que estaba abierto sobre ésta, al lado de la concavidad de cerámica en la cual floraba la flor de jericó: Las plumas grandes de la cola, desde su raíz hasta los dos tercios de su longitud, son de un blanco sucio, variado con manchas y bandas de un pardo férreo, que es el color de lo restante del cuerpo. La membrana que cubre la base del pico es amarilla, y el pico de un color de cuerno azulado : los dedos son pajizos y las uñas de un negro lustroso : el ojo es grande y cubierto por una extensión o resalto de la órbita que lo

Glendalys Marrero

Pájaros

hace parecer hundido: el iris es de un amarillo claro resplandeciente como un fuego muy vivo : el humor vítreo es de color de topacio, y el cristalino tiene el brillo del diamante...

Cerré el libro de cantazo. Encyclopedía Metódica: Historia Natural de los animales traducida del francés al castellano.

Dazai tenía sus ojos medio cerrados, fruncidos por el cansancio y el dolor. Se incorporó con los codos sobre la cama como pudo, se estrujó la vista, pestañeó varias veces, sacudió la cabeza añadiendo que esa descripción hacía referencia a un pájaro natural.

- Esos pájaros no son de este mundo y lo sabes. Diseñados en este mundo, escapados en este mundo pero no son de este mundo.

Pensar esto le trajo a la memoria una foto que colgaba en la pared de su habitación cuando era niño.

- Los recuerdos son pequeños relámpagos que se apoderan de nosotros. Fulminantes.

- Lo son.

Luego de un rato comenzó a pensar que antes había estado allí. En sueños. Aunque en el sueño el olor a salitre no destilaba de las cosas, pero sí se sentían fantasmas cálidos, que se dejan sentir. Nos observan calladamente.

Es cierto que la flor de Jericó había abierto. Brillante como un bosque al mediodía. Pero no sospechaba qué significaba eso. Lo cierto es que lo más extraño era que eso lo había vivido antes, había un alguien, un otro más allá del espejo que se sentía como un presentimiento o una espina. Los espejos son la más burda corroboración de uno mismo. Allá afuera se habían roto los significados, se perdían los contornos de las cosas. La memoria agrietada. ¿Pero acaso así no era la memoria? No. Esta vez era distinto. Lo fantasmagórico se convertía en la memoria misma. Era la más tangible de todas las realidades.

¿Sería posible que luego de una realidad tan desoladora, silente e inquietante fuese la posibilidad de un fantasma lo que aliviará uno de los temores más antiguos? "Everyone in the story is a giant fake in one way or another, but for most of them it's a survival mechanism. How the hell are you supposed to be "authentic" when's everyone's telling you you don't exist?" Esto lo leí en alguna parte. En alguna revista seguramente. No recordaba cual. Pero algo así era la existencia ahora. O al menos así lo comencé a sentir.

Me quedé perdido en la mirada perdida de Dazai en la cual se reflejaba la poca luz que entraba a través de las grietas. Esta cosa rara que pasa cuando uno siente que ha vivido algo que se repite. Con el ánimo evidentemente al ras del suelo, percibía el soliloquio de su mente.

Concluyó dando dos breves golpes con un puño cerrado, haciendo vibrar



los objetos contenidos en las gavetas de la mesa de noche. Caí en cuenta, luego de hundirme en mis pensamientos, que éramos acaso de los pocos sobrevivientes de la catástrofe. La realidad ya era tambaleante como un sueño. Las memorias son como peces que nos rondan la cabeza sobretodo si estamos acostados. Salen por el horizonte como grandes astros que nos invaden la psiquis.

Acaso el miedo a no regresar de lo que pareciera un vórtice de cosas, símbolos, memorabilia. Nunca soñé con la playa, pero sí con el mar pegando fuerte contra un gran muro cubierto de algas violáceas y verde oscuro, la lluvia de sal caía desde arriba luego de que el mar descendiera por la pared de piedra y el sonido del desvanecimiento de la espuma era lo único común entre ambos mundos. Creo que algo así es el tiempo. Nadie me lo había explicado. Cómo se deshace, su delicada estadía en el ser. La fragilidad. Recordé un soplador de vidrio, los colores que reflejaban el candor del fuego. Sus anaranjados. El tiempo tiene una maleabilidad y es azul cobalto. Pero se deshace, así como el horno encandila en el cristal lo que está por perderse en la blandura del vidrio caliente. Y el recuerdo de ese olor a mar me llevaba a las memorias que nunca pude asir. La mesa servida, con los platos terminados, con papeles desordenados, los mismos platos servidos con postres de arroz, de harinas, el extracto de vainilla, el anís y su corteza fractaria. Por qué hubo un tiempo de álbumes y memorias cuando íbamos directo al paisaje de la ruina. La ruina como número al que se asiste para aliviar la ausencia, la música de una alegría encriptada que antes se esbozaba como fórmula de vida, mucho antes que la llegada de los pájaros.

Glendalys Marrero

Pájaros

Cómo describir estos pájaros, los del futuro, cuánticos, fantasmagóricos, hechos de una materia antes inimaginable, ¿de veras queríamos descubrir esta idea de lo palpable? ¿Por qué la idea no se resiste a la posibilidad de lo palpable?

- Porque a mi siempre me pareció que los pájaros hablaban de un tiempo por venir, símbolos que medran, la línea invisible que se traza de un pasado a un futuro por un presente perdido como el tiempo, que por los pájaros se descifra.

Pero estos pájaros no eran de carne, eran imágenes líquidas, mutantes, del deseo de alguien. Veníamos huyendo de unos pájaros inquietos, insatisfechos. Escuchamos allá afuera a los pájaros alzando vuelo con un chirrido espeluznante que nos erizó la piel. Eran veloces. Ráfagas.

Hay espacios que nos obligan a pensar hacia adentro. Y eso era lo que habitaba mi mente en ese momento. Dazai se quedó con la vista clavada en el techo y subiéndolo sus cejas espesas pensó que ciertos objetos también nos hacen pensar hacia adentro.

Uno hubiese pensado el futuro con todos los sesgos de futuro, lo lejano, lo remoto. Pero lo cierto es que estábamos allí, décadas luego sin nada aquello del futuro que se había presagiado en las revistas o en los periódicos. El futuro es ese lugar que imaginamos sin olor. Estábamos ante el futuro mismo, pero con ojos trancos. Era cosa de no saber de lo que estaba hecha

la vida. Repentinamente en el paso del tiempo se nos imponen modos, máquinas, velocidades, métodos para hacer las cosas que nos arrojan a una época. Ya esa sensación de pertenencia al mundo estaba fuera de contexto. Al fin y al cabo habían llegado hasta allí de chiripa. Ya todo era carente de significado. Una evaporación simbólica tajante. Aunque no creo que haya zona limítrofe para la vida. Pero no había a donde ir. Aquellos espacios antisépticos, que simularían las naves que circundarían el espacio no existían ya. Ideas muertas. Diseños de desecho. La arbitrariedad había optado por la autopreservación.

Sólo los pájaros resultaron ser los inventos que atravesaron el reto del tiempo. Ya cuando se extinguieron los pájaros del mundo la humanidad había logrado reproducir copias exactas de un pájaro perfecto. Aunque nunca lograron el control de sus movimientos. El futuro ya no era de mecanismos ni controles remotos al servicio del deseo humano. No. Porque los objetos evolucionarían para tener ese espacio interno, vectorial, donde el deseo era simplemente un cálculo matemático y por consecuencia: natural. Una maleabilidad cuántica atada al pensamiento. De la idea a la cosa como un paso evolutivo.

Sabía que aquel presente era lo que una vez fue el futuro idealizado. Cómo plantearse la palabra futuro sobre un concepto razonable de las cosas. Imposible.

- Háblame.

Dijo con una dificultad ahora extrema. El pecho de mi amigo subía y bajaba cada vez más lento.

Cuando estamos traspasando la puerta de este mundo no hay una película de la vida que pasa ante nuestros ojos, pensaba Dazai ya con aura resignada. Hay una diferencia entre estos pájaros y los pájaros que alguna vez poblaron el mundo. No son de la misma materia. Habría que destruir esa nomenclatura.

Yo leía sus pensamientos sentado en la silla de mimbre con la cabeza agachada como alguien concentrado escuchando un piano, sonando a lo lejos allá, al otro extremo del pasillo en una casa.

Las quimeras no estuvieron nunca descifradas. Lo que se supone trajera el futuro nunca llegó a ser, los robots con alma, los robots que sudan, la máquina humanizada. Eso jamás llegó para quedarse. Mientras el ser humano mecaniza, automático, despojado de su humanismo, de su tiempo. Luego de la era de la tecnología fallida había que enfrentarse al mundo otra vez, tal cual lo habíamos dejado, si para algo servía la vida era para eso. Enfrentarnos al mundo sabiendo ahora que estaba repleto de pájaros programados para destruir todo lo que emana vida. En una modernidad vacía, inútil, la voluntad nunca determinaría nada; quedan los puentes deshechos, aeropuertos vacíos, un aire inundado por pájaros programados desde el pensamiento puro, que alzan vuelo haciendo un sonido de papel



que se metía en los sueños de todo lo que intentaba escapar de ellos.

Acaso la memoria tenía un propósito particular, de sobrellevar el presente. Como un alféizar. El lugar donde se posan los pájaros. Esos pájaros cargarían la memoria completa, ininterrumpida, con las vidas posibles de cada quien.

Yo sabía que él inevitablemente moriría, porque así son algunas muertes: inevitables. Afuera eran los pájaros, multiplicados en bandas sagaces, veloces, del sonido aquel.

- La búsqueda de esos pájaros es la búsqueda de lo imposible.

Las máquinas habían pasado a ser otra cosa, una realidad arquitecturada en el aire, de aire, era posible texturizar la idea. Un golem cuántico. Una geometría no euclidiana. Cualquier mutación atroz y en algún aspecto desmesurada era ya un ejercicio común. Y eso era una de las cosas más perturbadoras. Saber que esa realidad podría acercarse desde cualquier parte desde cualquier esquina de la sombra.

- Y el tiempo.

Se escuchó la voz cansada. El vapor del agua en hervor, de anís estrellado y canela para alejar los malos espíritus del lugar recordaban al asunto siniestro que había en los álbumes familiares allí abandonados. Cada vez lo humano era más lejano. Estos pájaros no eran de carne, eran el deseo de alguien. Veníamos huyendo de unos pájaros inquietos, insatisfechos, voraces.

Glendalys Marrero

Pájaros

Había una ventana que abría con dos hojas de madera hacia afuera. Al otro lado era el ruido de las horas más animadas. La estopilla con un patrón de fractales de Vicsek, era lo único tendido, de hilo blanco interpuesto sobre el horizonte. Y en el tendido dispuestos en orden: los pájaros, quietos como estatuillas de ébano. Le llamaremos aroma porque ha sido su nomenclatura asignada. Haremos el cuento del no perfume que es perfume porque hay una puesta en escena que requiere a un perfumista. Sin embargo la escena funciona mejor sin esa esencia en escena. Escribir es aceptar que toda memoria es un fracaso. Y pudiese esbozar la idea de manera contraria igualmente definitiva. O el sesgo de ambas ideas. Los bordes de un fractal contenido en una caja de espejos. No tengo que correr a buscar la cita de algún teórico francés o filósofo alemán para servirle de bastón a la idea. Es la idea misma el contrapeso de su ontología posible. Como las historias de fantasmas. Sus avistamientos en hospitales, casas tomadas, fábricas abandonadas, sembradíos mustios o cementerios aledaños. El fantasma es. Su fantasmagoría es inagotable. La tensión que escuece su espectro es inoportunamente improbable, y por improbable: posible y por posible terrorífico.

El futuro del fantasma, como el futuro del escriba es un tiempo descarnado. Un imposible. Todos allá abajo estaban jodidos, muchos habían

muerto. El desastre era inentendible y se nos llenaba la cabeza de pensamientos que nos hacían reventar la sien, la presión inaguantable, como un globo a punto de estallar.

Como hallarse en el medio de la nada sin la posibilidad de un regreso, tan siquiera la idea podría tener espacio. Buscó en los magazines al pie de su cama. Lo había apuntado en una libreta junto a direcciones de emails y números de teléfono de personas que apenas recordaba. Entonces tomó conciencia de que la fantasmagoría es inescapable: porque cada vida era un fantasma vivo de otra cosa. Esa era su contemporaneidad. Y a medida que pasaba el tiempo todo era cada vez más fantasma, cada vez más ilusorio.

Lo fantasmagórico era el frío. La brisa en un lugar cerrado. Ya confirmadas las ventanas cerradas; comprendió que el miedo era un estado de conciencia, que todo iba a estar bien si él controlaba sus pensamientos. Miedo es ver las gaménidas y no entender el movimiento de trozos de piedra encendidos en fuego, como lanzas de un dios enfurecido. La profundidad del espacio. La profundidad del tiempo. Dos cosas distintas.

-¿Cómo piensas la muerte?

-¿A qué te refieres?

Se decía a sí mismo. La voz interna era todo el tiempo una. ¿Y acaso así no lo es todo? Una matrioshka de preguntas con corteza de respuestas. Capas de árbol donde se intersecta el fantasma del tiempo. El más temido por todos. La interposición de los recuerdos, la memoria en desorden, la precariedad del recuerdo; todo eso le venía a la mente mientras permanecía inmóvil en la cama.

Así eran los recuerdos. El descenso del café como un riachuelo, el sonido constante me traía a la memoria que somos breves como el sorbo y acaso una pulsación del tiempo con respecto al tiempo contenido en el universo.

¿Qué queda después de todo? Cuando no hay mente aledaña, un universo de ideas antepuesto a otro, cuando la profundidad del ser es infinita, cuando se acaba el contraste de las cosas, las ideas y la humanidad es lanzada a diseñar su propia precariedad, sus miedos, sus algoritmos, su automatismo del deseo. Qué es un ser humano solo en el medio de la nada, sin gestos, sin espejos que nos acompañan, el amor, la matemática, la geometría, los mitos, los diálogos, la ira, el silencio, la música, arte, preguntas, teorías, maravillas, extrañezas, la imaginación, los miedos, la ciencia, la risa y la estupidez.

Su mano se sentía como un pequeño glaciar pesado. Mi amigo se moría.